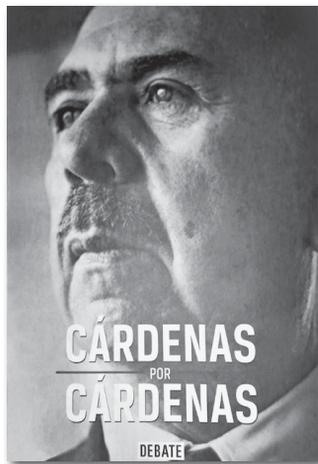


Sobre Cuauhtémoc Cárdenas,
Cárdenas por Cárdenas, México,
Debate, 2016, 766 pp.,
ISBN 978-607-3149-24-2



Marco Antonio Landavazo
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
marcolandavazo@yahoo.com.mx

El libro del ingeniero Cárdenas sobre el general Cárdenas es dos libros a la vez: es una biografía y es también, de alguna manera, un testimonio. Lo primero es evidente: su tema es la vida y la obra del general Lázaro Cárdenas. Lo segundo se revela con cierta dificultad en los últimos cinco capítulos, que comprenden los años en los que el autor era ya testigo privilegiado de los hechos que relata. Es por ello un libro interesantemente arriesgado: su autor comparte algo de información de otro modo desconocida, pero sobre todo, se enfrenta al reto enorme de escribir con rigor e imparcialidad de alguien tan estrechamente cercano.

Aunque está dividido en 25 capítulos, podemos advertir que *Cárdenas por Cárdenas* lo forman tres grandes partes: una primera, en la que se relatan sus primeros

años, su formación revolucionaria y sus primeras experiencias políticas y administrativas: como gobernador de Michoacán, como presidente del Partido Nacional Revolucionario y como secretario de Gobernación. Una segunda parte que comprende los seis años como presidente de la República y en la que se describen las grandes realizaciones gubernamentales del general: la reforma agraria, la política educativa, la política indigenista, la promoción de la organización obrera y campesina, la progresista política exterior, la reestructuración del sistema político y la más conocida, la expropiación petrolera.

Y una última y menos estudiada parte acerca de su actuación post-presidencial, que es también muy intensa y que va desde el año en el que deja la Presidencia en manos de Manuel Ávila Camacho hasta literalmente los últimos días de su existencia: pues como nos cuenta el ingeniero en el último capítulo del libro, dos semanas antes de su fallecimiento el general se encontraba en Tzintzuntzan acompañando al pueblo en la celebración de sus 40 años como municipio; y cuatro días antes, en la cama del hospital que ya no dejaría con vida, escribía sus habituales anotaciones personales, en este caso sobre los bosques michoacanos y los dispendios en Pemex.

Quien decida adentrarse en las más de 700 páginas de este libro encontrará la historia de una vida pública ejemplar, aunque no exenta de controversia. Entre los muchos aspectos de esa vida podrían destacarse algunos rasgos que me parecen especialmente notables. Por ejemplo, la visión a la vez local y universal de los problemas políticos y sociales que tenía el general, una especie de doble lógica de la acción pública que lo llevaba a ocuparse de asuntos locales, parroquiales, al mismo tiempo que atendía conflictos de carácter internacional. Uno de los rasgos de su gestión al frente del país, de hecho, fue su carácter viajero: 18 meses de sus seis años

de gobierno los pasó en giras. Alan Knight lo denominó “populismo itinerante”, y advierte que había antecedentes: como militar, durante la Revolución, recorrió el país; como gobernador de su estado, según testimonios, conocía en cada pueblo a las personas por su nombre; como candidato presidencial viajó más de veintisiete mil kilómetros durante 1934.

Esa itinerancia, creo yo, era expresión de una concepción pragmática y popular de la política: por un lado, estaba convencido de que los problemas había que encararlos personalmente, que había que hablar menos y actuar más; y por el otro, había hecho suya una suerte de opción preferencial por los sectores más necesitados. Hubo quienes criticaron sus viajes, porque descuidaba los altos asuntos de Estado por atender los problemas de campesinos desconocidos, de indios y “pelados”; pero el general no se cansaba de recordar que esos indios y “pelados” eran quienes habían hecho la revolución.

Al mismo tiempo que recorría caminos polvorientos o lodosos para ir al encuentro de los problemas de la gente común, encontramos en el presidente Cárdenas una atención permanente sobre lo que ocurría en el mundo y una voluntad de impulsar una valiente y digna política exterior. Una política que se significó, como se relata en el libro, no solo por la muy conocida y estudiada actitud mexicana ante la guerra civil española y el exilio republicano, sino por la solitaria valentía con la que México protestó por las agresiones de Italia contra Etiopía en 1935, de Japón contra China en 1937 y de Alemania contra Austria en 1938. O por la generosa osadía de abrir las puertas a León Trotsky, hereje político por partida doble.

El general dejó de ser presidente pero siguió recorriendo el país, sobre todo las zonas marginadas o conflictivas, y siguió también activamente interesado en lo que pasaba en el mundo. Al frente de la Comisión del Río Balsas,

a principios de los años sesenta, recorrió amplias zonas de Tlaxcala, Puebla, Oaxaca, México, Guerrero, Jalisco, Morelos y Michoacán. Nos dice el ingeniero que aunque recorrió todos estos estados, la mayor parte de tiempo la dedicó a las regiones de vida más precaria y de mayor atraso material, como la Mixteca Alta en Oaxaca y la zona tlapaneca de Guerrero, “las que recorrió palmo a palmo, estableciendo contacto hasta con las comunidades más pequeñas”. Los años sesenta fueron también testigos de la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, del viaje de Cárdenas a Europa y Asia, y de la solidaridad con la joven revolución cubana.

Otro rasgo notable es que a Cárdenas se le daba bien el equilibrio político. Por ejemplo, el que logró entre la lealtad que profesaba a los amigos y el sentido del deber que le imponían sus responsabilidades institucionales. Dos muestras de ello las encontramos al inicio y al final de su Presidencia, con dos amigos entrañables: Plutarco Elías Calles y Francisco J. Múgica. A Calles lo respetaba y le guardaba afecto, desde que se incorporó a sus fuerzas en Sonora, en 1915; llegó a ser presidente con su apoyo. Pero una vez asumida la responsabilidad presidencial, la ejerció a plenitud, no dudó en romper con Calles y con su poder meta-constitucional, favoreciendo así el proceso de institucionalización del país.

Y con Múgica pasó algo similar. No solo era un gran amigo sino un colaborador y consejero de todas sus confianzas, con quien compartía ideas y concepciones políticas e ideológicas. Fue la primera persona que conoció, antes que nadie, la decisión del presidente de proceder a la expropiación petrolera. Y sin embargo, optó por apoyar a Manuel Ávila Camacho para sucederlo, convencido, al parecer, de que así contribuiría a generar un mejor entorno internacional y nacional para el país,

que no pusiera en riesgo el programa de reformas, en especial el petrolero.

La actuación pública post-presidencial del general Cárdenas fue casi tan intensa como la de sus seis años al frente del gobierno de la República. A finales de 1941 estaba ya a cargo de la Comandancia de la Región Militar del Pacífico, una vez que Estados Unidos declaró la guerra a Japón tras el ataque a Pearl Harbor. En 1947 estaba al frente de la vocalía ejecutiva de la Comisión del Tepalcatepec, y en 1961 de la Comisión del Río Balsas. Para los años sesenta el general había declarado su simpatía con la revolución cubana y expresado su solidaridad con el movimiento ferrocarrilero y luego con el movimiento estudiantil de 1968. Dice el ingeniero que el general ex presidente llevó adelante “una larga lucha” a favor de la soberanía nacional, de la paz, de la autodeterminación de los pueblos y las libertades públicas amenazadas por el macartismo, y de los presos políticos.

Los años del expresidente Cárdenas ocupan los últimos cinco capítulos del libro del ingeniero. Es quizá la parte de su vida menos conocida y por ello la más interesante; y por ello también es la parte del libro en la que persiste la sensación de que el autor nos queda debiendo. El texto de Cárdenas está basado, fundamentalmente, en las fuentes impresas ya conocidas sobre la actuación y el pensamiento del general (sus *Apuntes, palabras y documentos públicos y Epistolario*), por lo que no cabía esperar que su aporte estuviera en la novedad documental: faltaba más, por otra parte, pues el ingeniero no es, ni creo que se asuma, como un historiador profesional. La singularidad del libro podría venir, pues, de la propuesta de interpretación y del testimonio personal.

El autor fue, como ya lo señalé al inicio, un testigo privilegiadísimo de los últimas dos décadas del general; por lo menos desde las campañas electorales para suceder

al presidente Miguel Alemán Valdés, en 1951, cuando fue acusado junto con doña Amalia Solórzano, su madre, y al propio general, de haber apoyado la candidatura disidente de Miguel Henríquez Guzmán. Acusación que, por otra parte, el autor niega en el libro. A partir de entonces Cuauhtémoc Cárdenas participó en la cosa pública al lado de su padre, de manera más o menos abierta. En 1954, por ejemplo, tomó parte en la formación del Círculo de Estudios Mexicanos, una organización civil para la discusión de los problemas del país, que presidió Alonso Aguilar Monteverde y a la que se integraron personalidades como Elí de Gortari, Jorge L. Tamayo, Manuel Marcué Pardiñas, Narciso Bassols, Natalio Vázquez Pallares, Esther Chapa, Rina Lazo y el mismo general Cárdenas.

Como lector hubiera deseado un tono distinto, más cercano al del testimonio. Es cierto que el autor señala en la introducción que ha querido dejar que hable el biografiado a través de sus documentos, y de ahí las largas citas que se encuentran en el libro; pero como historiador sé que los documentos no hablan por sí solos sino a partir del interrogatorio al que los sometemos. Y es cierto también que el ingeniero Cárdenas ha escrito un interesante libro autobiográfico –*Sobre mis pasos* (México, Aguilar, 2010)– en el que, en los tres primeros capítulos, se ocupa del periodo que va de sus “primeras andanzas” en la vida pública hasta la enfermedad y muerte del general. Creo, no obstante, que la última parte de este nuevo libro hubiera ganado en profundidad, si la voz del expresidente se hubiese escuchado en el eco de la interpretación del autor y a la luz de información que muy poca gente además de él podría ofrecer, algo que encontramos en el libro pero de manera más bien escasa.

Deseos de lector aparte, me persuado que *Cárdenas por Cárdenas* es una obra inteligente e interesante, que

a pesar de la declarada admiración del autor por el personaje mantiene un tono alejado de la apología, que abarca la vida completa del general como casi ningún libro lo hace, y que puede dar lugar, como lo desea el ingeniero, a nuevas investigaciones acerca de la vida de Lázaro Cárdenas del Río, quien quiso ser otro Juárez, a quien admiraba, y quien, para muchos, es el presidente de México más venerado en la historia del siglo xx.